

Maxine Lowy

Memoria latente

Una comunidad enfrentada por el desafío
de los derechos humanos en Chile



Índice

Presentación	9
Prólogo	13
I.	
Historia común y divergencia	19
Capítulo I	
Éxodo	21
Capítulo II	
Extraños en tierra ajena	39
Capítulo III	
Los dilemas de una comunidad	55
II.	
Relatos de detenidos y protectores	105
Capítulo IV	
Estos recordaremos	107
Capítulo V	
En busca de los justos	173
III.	
Caminos trazados	201
Capítulo VI	
Ecos de Ana Frank	203
Capítulo VII	
Matar por segunda vez	225
Capítulo VIII	
Rutas para la memoria y justicia	253

Epílogo:	
Ciclos de identidad	299
Capítulo IX	
En cada generación	301
Yizkor-Recordemos	323

Presentación

«Perteneceemos al pueblo más perseguido de la tierra; por eso tenemos que estar con los perseguidos de hoy».

Durante mi niñez y adolescencia, esta enseñanza casi textual de mi padre fue prácticamente la suma total de mi conocimiento de lo que significaba ser judía. Años después, fui agregando otros elementos a esa identidad, pero en los primeros 18 años de mi vida, un sentido de responsabilidad social que se desprendía de una historia de persecución, constituyeron su eje principal. Mi padre, profesor e investigador botánico neoyorquino y mi madre, argentina especializada en literatura hispanoamericana, actuaban coherentes con esta visión, lo que influyó sustancialmente en mi desarrollo personal. El círculo de sus amistades era como ellos: judíos progresistas del norte.

Todos ellos fueron trasplantados al «sur profundo» de los Estados Unidos específicamente a la ciudad de Baton Rouge, estado de Luisiana donde nació esta autora— a fines de los años 50. Varios participaron en el inicio del movimiento por los derechos civiles de los afro-americanos al igual que destacados dirigentes judíos en otras partes del sur. Judíos y activistas en el sur racista donde predominaba el fundamentalismo religioso, constituíamos una familia distinta a los vecinos. Sentirme «diferente» formaba parte de mi nebulosa identidad como judía.

Si bien los estadounidenses de origen judío se destacaron en su adhesión a la causa de los derechos civiles, cabe resaltar que eran más bien los judíos del norte del país los que abogaban con energía contra la discriminación racial. Las comunidades judías locales, en su mayoría, no se pronunciaban en contra del rechazo tajante hacia la integración racial por parte de la mayoría de la población blanca. Un grupo reducido de rabinos sureños, quienes representaban sólo al 10 por ciento de los 200.000 judíos del Sur, se alinearon con la causa de los derechos civiles¹.

En una entrevista realizada en 1958, el reverendo Martin Luther King comentó, «Los organismos judíos nacionales nos han apoyado mucho, pero la dirigencia judía local permanece en silencio. Los judíos de Montgomery (Alabama) repiten que no es un problema judío. Yo estoy de acuerdo que no es un problema judío pero sí es una lucha entre las fuerzas de la justicia y de la injusticia. Quiero que se unan a nosotros al lado de la justicia»².

Durante siglos el judío había sido «el otro», marginado y aislado en guetos en Europa. Un mecanismo adoptado por las comunidades judías para mitigar su condición insegura y precaria se resumía en la expresión del idioma yiddish «sha-shtil». Esta se podría traducir como «cállense y no se metan». Temerosos de las repercusiones negativas para la colectividad judía, optaban por no involucrarse u opinar sobre los asuntos del país y mantener el *statu quo* social.

En Chile, el golpe cívico-militar de 1973 agudizó la tensión y enfrentamiento entre las corrientes progresistas y conservadoras de la sociedad chilena en su conjunto, una dicotomía existente también entre la colectividad judía. Los estamentos más visibles de la colectividad judía aplaudieron el golpe militar, algunos por la persistencia de los antiguos temores; otros, por proteger a sus intereses económicos. Paralelamente, obviaron las arbitrariedades, las persecuciones y el sufrimiento de tantos chilenos. Cuando personas de origen judío fueron detenidas, salvo notables excepciones, escondieron esos hechos bajo un manto de silencio. Ante sus ojos, aquellas personas progresistas y de izquierda se habían convertido en «otros», y no se preocuparon por ellos.

¹ Melissa Fay Greene, *The Temple Bombing* (Random House, 1996), 180.

² *Ibíd.*

A las personas de la comunidad que sufrieron las políticas represivas de la dictadura, más allá de las privaciones físicas y psicológicas, aún les duele el silencio y la complicidad.

En la tradición judía, cuando uno comete una ofensa hacia otra persona, siempre existe la posibilidad de hacer *teshuva*, de reencontrarse. No obstante, sólo es posible pasando, primero, por reconocer el daño causado; segundo, por hacer justicia; y, tercero, por reparar el daño. La ruta para la restauración de confianza, tanto de la colectividad judía como de la sociedad chilena en general, fue trazada con posterioridad al genocidio nazi, y refleja estos tres pilares.

El punto de partida para tal proceso necesariamente debe ser el reconocimiento de una historia y origen comunes, como también el respeto hacia diferentes formas de abordar la identidad judía.

Una zona latente de la memoria histórica, intrínseca a la tradición judía, se irá activando a medida que se instala un mandato ético en la consciencia, de no aceptación a ninguna clase de acto de crueldad hacia ningún ser humano, aunque sea diferente a uno. Esta memoria latente es el repositorio de la capacidad asociativa de formar puentes empáticos que se identifican con el sufrimiento del otro.

Esta investigación releva los nexos entre la identidad judía y su memoria histórica latente, en el marco de los desafíos enfrentados por la colectividad ante los atropellos a los derechos fundamentales cometidos en Chile durante la dictadura militar de Augusto Pinochet. Da cuenta también de incipientes procesos de reconocimiento y reencuentro comunitarios, al retomar rutas de memoria y justicia trazadas desde la experiencia judía hacia todo país que emerge desde una situación límite.

Al asumir esa «memoria latente», se espera que futuras generaciones, conscientes de su historia particular y de las dimensiones universales de ésta, no dudarán en permanecer, en las palabras anteriormente citadas de Martin Luther King, «al lado de la justicia».

MAXINE LOWY

Prólogo

En 1978 el escritor francés Georges Perec y el cineasta Robert Bober visitaron Ellis Island, en Nueva York, lugar de ingreso a fines del siglo XIX y comienzos del XX de las grandes oleadas migratorias que inundaron tierras norteamericanas entre 1892 y 1940. Se calcula que por Ellis Island, puerta de entrada o clausura al sueño americano y de una vida libre de persecuciones religiosas, políticas o raciales, pasaron cerca de 12 millones de seres humanos llevando maletas, sacos y algunos bienes personales que les ayudarían a instalarse en el nuevo territorio. Los había turcos, italianos, irlandeses, alemanes, rusos y polacos. Cientos de miles eran judíos, pero preferían declarar sus identidades según el país de procedencia. Era una medida precautoria. Las autoridades portuarias de Manhattan habían designado a Ellis Island como sitio de revisión y coladero de los recién llegados antes de permitirles el ingreso, y era mejor proclamar un origen nacional antes que una identidad comunitaria, religiosa o secular, que haría torcer el gesto a los oficiales de aduana. Nadie en su sano juicio hubiese pensado en declararse miembro de la diáspora judía europea al tocar tierra norteamericana. Y sin embargo, cientos de miles de ellos eran justamente eso: turcos, italianos, irlandeses, alemanes, rusos y polacos de una identidad errante que se confundía con la desesperada necesidad de sus compañeros de

14 viaje por abandonarlo todo y abrazar la promesa de un mejor destino. Para ellos, para todos, Ellis Island era la posibilidad siempre precaria pero real de convertirse en otros sin dejar de ser ellos mismos.

¿Qué hacen allí Perec y Bober? ¿Por qué han ido en peregrinación hasta un lugar habitado desde hace mucho sólo por el óxido y las ratas, convertido ahora en museo y sitio histórico luego de décadas de olvido? Al principio Perec no lo sabe con exactitud. Tampoco su amigo Bober, que filma los atracaderos musgosos y las galerías mudas en busca de alguna pista. Ambos, Perec y Bober, son judíos. El primero ha perdido a su familia en el Holocausto, mientras que Bober conserva la foto de un tío abuelo que atravesó el Atlántico y llegó a Ellis Island sólo para ser devuelto a Europa luego de ser declarado inadmisibles. Entonces Perec saca su libreta de notas y apunta lo que le parece evidente sobre ese pequeñísimo pedazo de tierra: «Lo que yo, Georges Perec, he venido a interrogar aquí, es la errancia, la dispersión, la diáspora. Ellis Island es para mí el vínculo mismo con el exilio, es decir el lugar de la ausencia de lugar, el no-lugar, el ninguna-parte».

Para el escritor, Ellis Island adquiere la fuerza de una evidencia, aunque sea una evidencia mediocre, pero que resalta una condición que debe ser pronunciada de inmediato antes de que escape y se disimule entre los pliegues de la asimilación: es un judío. Sí, es la palabra que corresponde, y no otra. Pero, ¿qué es ser judío y qué significa ser judío para Perec, un escritor no precisamente sectario ni mesiánico ni narcisista, sino más bien todo lo contrario? En 1914, Kafka se hacía la misma pregunta. ¿Qué tengo yo en común con los judíos, escribió en una entrada de su Diario, cuando apenas tengo algo en común conmigo mismo? Y sin embargo, sabemos todo lo que contiene ese oxímoron de Kafka para la identidad judía del no-judío. Por si fuera necesario, Perec lo aclara en otro pasaje de sus notas de Ellis Island: «No sé con precisión lo que significa ser judío, lo que me hace ser judío. Podría haber nacido, al igual que primos lejanos o cercanos, en Haifa, en Baltimore, en Vancouver. Podría haber sido argentino, australiano, inglés o sueco, pero en el abanico más o menos ilimitado de estos posibles, una sola cosa me ha sido especialmente negada: la de nacer en el país de mis ancestros, en Lubartow o en Varsovia, y la de crecer en la continuidad de una tradición, de una lengua, de una comunidad. En alguna parte de

mí mismo, soy extranjero en relación a algo de mi ser; en alguna parte, soy “diferente”, pero no diferente respecto a los otros, sino diferente de mí mismo y de los míos».

Esta negación, iba a escribir esta fractura de origen, circula y está presente al modo de una sutil filigrana, casi innombrable por secreta, en el libro de Maxine Lowy sobre los judíos en Chile y los desafíos que supone para esta comunidad la violación de los derechos humanos en el país durante los años de dictadura. No se trata de un alegato particularizado, ni mucho menos. Lowy cita y narra documentadamente historias de migración de los Klein, los Mller, los Arón, los Lawner –todos ellos víctimas directas de la represión que se abatió sobre el conjunto de los chilenos a partir de 1973– formando parte de una sociedad que se empeñaba en ampliar la participación política de los ciudadanos, promoviendo los ideales de igualdad y justicia social para los sectores tradicionalmente más postergados. Nada de raro que en esta épica colectiva, los miembros más politizados de la comunidad judía en Chile se comprometieran activamente en los esfuerzos de cambio que comenzaron a soplar con fuerza durante la segunda mitad del siglo pasado. Para ellos nunca fue cuestión de prescindencia en la tierra de acogida, y menos de encierro en los ritos de observancia religiosa: asumieron la militancia en las filas de la izquierda como una extensión de la condición de judíos, no como una superación de la misma. El libro de Lowy lo establece con claridad, sin evadir las cuestiones más espinudas que surgieron de este compromiso: ya fuera ante los miembros de la comunidad que recelaba de ellos antes la posibilidad de un brote antisemita por parte del socialismo chileno, ya ante los propios compañeros de ruta que percibían el carácter conservador y ensimismado, mayoritariamente de derecha, de los judíos en Chile. *Memoria latente* es, en este sentido, impecable en su investigación de lo que significó para esta delgada franja de judíos progresistas el golpe de 1973: para ellos, los hijos y nietos de los Klein, los Svigilsky, los Müller y los Arón llegados del otro lado del mar en busca de «asilo contra la opresión», Chile se convertiría al cabo de medio siglo en un nuevo Egipto del cual habrían de salir huyendo, y esto en el mejor de los casos.

Las historias que cuenta este libro son apabullantes no sólo en un sentido episódico o como un muestrario de calamidades. También lo son